

no hubiesen acudido los heraldos, mensajeros de Jove y de los hombres: Ideo, por los próceres de Troya enviado; y Taltibio por los Griegos, prudentes uno y otro. Colocados entre los dos valientes campeones con el cetro en la mano, estas palabras les dijo en alta voz el sabio Ideo:

«No ya más combatais, amados hijos, ni ostinados sigais en la pelea; que Júpiter tonante, á los dos ama, y los dos sois valientes, y nosotros todos bien lo sabemos. Ya la noche se acerca y reposar de las fatigas nos manda y es forzoso obedecerla.»

Y Ajax le respondió: «Decid vosotros á Héctor, oh Ideo que la guerra pida, pues él á los Aquivos capitanes todos desafió. Que se retire, y yo gustoso cederé si él cede.»

«¡Ajax! (Héctor le dijo) pues los Dioses le dieron estatura aventajada, y vigor y destreza, y de los Griegos eres el más valiente, por ahora dejemos la batalla, y otro día el terrible combate seguiremos hasta que alguno de los altos Dioses nos separe, y conceda la victoria al uno de los dos; que ya la noche se acerca, y reposar de las fatigas nos manda, y es forzoso obedecerla. Así, volviendo á las aquivas naos, tú alegrarás á todos los Aqueos, y señaladamente á tus amigos y camaradas: y volviendo á Troya, yo alegraré también á los Troyanos y á las nobles matronas, y á los templos de los Dioses irán á darles gracias. Y antes démonos ambos uno al otro brillantes dones, porque alguno diga así de los Aquivos y Troyanos: *«Estos dos combatieron rencorosos en terrible batalla; pero unidos en amistad al fin se retiraron.»*

Así dijo; y la espada, cuyo pomo clavos de fina plata enriquecían, del bien labrado tahalí pendiente, al Aquivo ofreció; y éste el vistoso purpúreo ceñidor con que la cuera sujetaba, le dió. Y así el combate

fenecido, los dos se retiraron.

Ajax al escuadrón de los Aquivos se encaminó; por las hileras Héctor se entró de los Troyanos, que gozosos le miraban al ver que sin heridas peligrosas volviera, y se librara del gran valor y poderoso brazo de Ajax; y hacía Ilión le condujeron, casi dudando que estuviese vivo.

Á Ajax también los Príncipes de Grecia, alegre por el triunfo acompañaron adonde estaba Agamenon. Y luego que á las naves y tiendas del Atrida llegaron, el caudillo de las tropas al hijo omnipotente de Saturno un corpulento buey de cinco abriles ofreció en sacrificio. Ya quitada la piel, y por el fuego consumida la porción reservada á las Deidades, el resto de la víctima partieron en no muy grandes trozos, y en agudos hierros clavados, con destreza suma los asaron y luego de la lumbre los retiraron todos. Concluida la faena y dispuesto ya el banquete, ocuparon las sillas; y al servirse del buey cebado la sabrosa carne á los demás caudillos, el primero el ancho lomo presentó el Atrida á Ajax, en premio del valor mostrado en la terrible lid. Y saciada el hambre ya y la sed, el sabio Néstor, cuyos consejos ántes parecieran los más prudentes, el primero dijo:

«¡Oh Atrida, y oh valientes adalides de las escuadras griegas! Pues han muerto ya tantos y tan fuertes campeones de los Aquivos, y su roja sangre del cristalino Janto á las orillas Mavorte derramó, y al triste averno han bajado sus almas, será justo que mañana suspendas el combate, y cuando empiece á clarear el día nos reunamos todos, y en carretas por los bueyes tiradas y las mulas, los sangrientos cadáveres traigamos y cerca de las naves los quememos. Y en torno de la pira construido un túmulo comun en la llanura, cuando á Grecia volvamos, las cenizas

de nuestros campeones á sus hijos los deudos llevarán, Alzase luego delante de la tumba fuerte muro, de torres elevadas flanqueado, que á nosotros defiendan y á las naves, y entre ellas anchas puertas fabriquemos para entrada y salida de los carros; y á la parte exterior profundo foso excavemos al pié de la muralla; que todo el campamento rodeando, no permita pasar á los peones ni á los caballos, si á venir se atreven á combatir al pié de los navios algún día orgullosos los Troyanos.»

Así habló Néstor, y los Reyes todos, que atentos le escuchaban, su prudente dictámen aprobaron y aplaudieron, y entónces mismo en el excelso alcázar de Pérgamo la junta se tenia de los Troyanos, turbulenta y triste de Príamo en el pórtico, y de todos el primero Antenor así les dijo:

«¡Oidme ahora, Teucros y Dardanios, y demás auxiliares! Un consejo á daros voy que el corazón me inspira. No haya más dilacion: la argiva Elena, y sus joyas también, restituyamos á los hijos de Atreo; porque ahora violado el juramento combatimos, y en todo adversa nos será la suerte si la injusticia así no reparamos.»

Este fué su discurso, y el asiento volvió á ocupar. Alzóse el lindo Páris, y como dueño de la hermosa Elena, así le dijo en agitadas voces:

«No es, Antenor, lo que dijiste ahora grato á mi corazón, y bien pudieras otro consejo dar más saludable, Pero si el labio lo que sientes dice, y es esa tu opinión, los Dioses mismos ya la antigua prudencia te quitaron. Así, yo á los Troyanos y auxiliares franco diré mi parecer.—*La esposa no entregaré: las joyas y preseas que de Argos traje y en mi casa guardo todas quiero volver, y aun otras muchas añadiré de las que tengo mías.»*

Alzóse luego Príamo y les dijo: «Oid ahora, Teucros y Dardanios y demás auxiliares, mi consejo.

Tomad el alimento acostumbrado, y colocad en militar usanza atalayas y todos vigilantes estad. Y luego que amanezca el día, vaya Ideo á las naves de la Grecia y comuniqué fiel á los dos hijos de Atreo, Agamenon y Menelao, lo que propone Páris, que la causa ha sido de la guerra. Y en consulta secreta les pregunte si querrian suspender las horribonas batallas, mientras que los cadáveres quememos, y despues se comience la pelea, hasta que nos separe la fortuna y al que quisiere la victoria otorgue.»

Así dijo; y los Teucros, escuchado el dictámen del Rey, obedecieron, y en el campo las tropas, divididas por escuadras, las fuerzas repararon con el sustento. Cuando ya empezaba la luz del día á clarear, Ideo á las tiendas marchó de los Aquivos, y en junta congregados numerosa, del Rey Agamenon en la ancha nave á los jefes halló. Y en medio de ellos colocado y en pié, con voz sonora así les dijo el venerable anciano:

«¡Atridas, y demás esclarecidos Príncipes de la Grecia! Aquí me envían Príamo y los varones principales de Troya, á que os anuncie (¡ así á vosotros grato y dulce parezca mi discurso!) lo que propone Páris, que la causa ha sido de la guerra. Él os ofrece entregar las riquezas, cuantas trajo en los hondos bajeles á su casa. ¡Ojalá que ántes percido hubiera! Y os prometa además que de las suyas otras añadirá; pero la linda esposa del valiente Menelao dice que no dará, por más que todos los Teucros le aconsejan que la entregue. Y también me encargaron que os pregunte en secreta consulta si querriais suspender las horribonas batallas mientras que los cadáveres quememos, y despues se comience la pelea, hasta que nos separe la fortuna y al que quisiere la victoria otorgue.»

Así dijo el heraldo, y los Aqueos

enmudecieron todos; pero el bravo  
Diomédes exclamó: «Nadie reciba  
»los tesoros de París, ni aún á Elena;  
»porque es claro, y lo ven hasta los niños,  
»que cerca ya de su final ruina  
»tienen los Teucros el temido instante.»

Así decia; y exclamaron todos  
los otros capitanes, el discurso  
admirado del hijo de Tideo.

Y el Rey Agamenon dijo al heraldo:

«¡Ideo! ya escuchaste lo que dicen  
»los Príncipes de Grecia, y de qué modo  
»te han respondido: su opinion apruebo.  
»Á que ya los cadáveres se quemen  
»no me opongo; ni es justo que á los hombres  
»que la vida perdieron se retarde  
»el consuelo y honor de que en la pira  
»sus cadáveres ardan. Te concedo  
»lo que me pides; y testigo ahora  
»Jove tonante del tratado sea,  
»augusto esposo de la blanca Juno.»

Y al decir esto, levantó su cetro  
á la mansion de los eternos Dioses;  
y á la ciudad se encaminó el heraldo,  
donde en la junta estaban reunidos  
los Teucros y Dardanios, é impacientes  
su venida esperaban. Llegó Ideo,  
y en presencia de todos, la respuesta  
anunció de los Dánaos; y escuchada,  
se aprestaron los Teucros diligentes,  
á traer los cadáveres los unos,  
y otros leña. Tambien de sus navíos  
salian los Aqueos presurosos,  
á traer los cadáveres los unos,  
y otros al monte á conducir la leña.

Apénas con sus rayos las campiñas  
heria el sol, que de la mar profunda  
la plácida corriente abandonando  
subia al ancho cielo, en la llanura  
Aquivos y Troyanos se mezclaban  
unos con otros, y difícil era  
que cada cual sus muertos conociese.  
Mas la sangre lavándoles con agua,  
pudieron distinguirlos; y en carretas,  
muchas y ardientes lágrimas vertiendo,  
sus muertos unos y otros colocaron.

Su Rey á los Troyanos prohibiera  
llorar en alta voz, y así en silencio  
los muertos en la hoguera amontonaban:  
pero afligido el corazón tenían,

y habiéndolos quemado, se volvieron  
á Troya. En otra parte los Aquivos  
los suyos en las piras hacinaban,  
afligidos tambien; y cuando el fuego  
los cadáveres hubo consumido,  
ellos á sus bajeles se tornaron.

Cuando ya quiso amanecer el dia,  
y ni era de la noche la tiniebla  
ni de la aurora el rosicler brillaba,  
en torno de las piras funerales  
un escuadron se reunió escogido  
de los Aqueos, y á lo largo de ellas  
un túmulo erigieron á los suyos  
en el llano, y delante de la tumba  
una fuerte muralla construyeron  
de excelsos torreones flanqueada  
para defensa suya y de las naves,  
y en ella hicieron anchurosas puertas  
para entrada y salida de los carros,  
y delante profundo y ancho foso,  
por agudas estacas defendido,  
cavaron. De esta suerte los Aqueos  
trabajaban: y en tanto las Deidades,  
de Jove en el palacio reunidas,  
la obra de los Aquivos portentosa  
atónitas miraban; y el primero  
habló Neptuno y al Tonante dijo:

«¿Y en la anchurosa tierra, padre Jove,  
»uno solo habrá ya de los mortales  
»que en adelante de nosotros quiera  
»el poder acatar y consultarnos?  
»¿No ves cómo los Griegos atrevidos  
»esa grande muralla construyeron  
»que sus naves defiendan, y ancho foso  
»delante de ella abrieron, á los Dioses  
»sin ofrecer solemne sacrificio?  
»Pues verás que su gloria se dilata  
»por cuanto alumbra con su luz la aurora,  
»y olvidados serán los altos muros  
»que con tanta fatiga edificamos  
»yo y Apolo al heróico Laomedonte.»

Respondió Jove en iracundo acento:  
«¡Y tú, Neptuno, que la tierra toda  
»conmueves á tu voz y poderoso  
»imperas en las aguas, así hablaste!  
»Espantarse podría al ver el muro  
»otro Dios ménos fuerte y animoso;  
»mas no tú, cuya gloria será eterna  
»en cuanto alumbra con su luz la aurora.  
»Tú, cuando los Aquivos se retiren

»á su patria en las naves, ese muro  
»derriba y en tus aguas le sepulta,  
»y de arena la costa dilatada  
»cubre de nuevo, y para siempre acabe  
»la muralla soberbia de los Griegos.»  
Así los Dioses entre sí arengaban.

Llegada ya la noche, y concluida  
la obra de los Aquivos, afanosos  
las reses en las tiendas degollaron  
y á cenar iban, cuando muchas naves  
de Lémnos aportaron, que de dulce  
vino cargadas enviaba Euneo,  
de Jason y de Hipsípila nacido,  
y aparte les dió el Rey de lo más puro,  
para que las trajesen, mil medidas  
que á los hijos de Atreo regalaba.  
Todo el vino compraron los Aqueos,  
y unos daban en cambio fino bronce,

otros brillante hierro y otros pieles,  
otros las mismas vacas, y aún algunos  
sus esclavos vendian; y opulentos  
banquetes dispusieron, y la cená  
hasta la media noche prolongaron;  
y en la ciudad los Teucros y auxiliares  
lo mismo hacian. Pero el alto Jove  
á ambas haces estragos anunciaba,  
la noche toda estremeciendo el aire  
con trueno horrible. Aquivos y Troyanos,  
de pálido temor sobrecogidos,  
con las copas el vino derramaban  
en pia libacion sobre la tierra,  
y ninguno á gustarle se atrevia  
hasta haber hecho libacion á Jove.  
Y despues al reposo se entregaron,  
y el alto don del sueño recibieron.